

mírale muerto, que juzgo
me tuvieras por infame
si á quien de este agravio acuso
le señalara á tus ojos
menos, señor, que difunto.
Aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo ;
que esto soy, y este es mi agravio,
este el ofensor injusto,
este el brazo que le ha muerto,
este divida el verdugo ;
pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie
del Rey abajo ninguno.

REINA.

¿ Qué decís ?

REY.

¡ Confuso estoy !

D.^a BLANCA.

¿ Qué importa la vida pierda ?
de don Sancho de la Cerda
la hija infelice soy ;
si mi esposo ha de morir,
mueran juntas dos mitades.

REY.

¿ Qué es esto, Conde ?

CONDE.

Verdades,

que es forzoso descubrir.

REINA.

Obligada á su perdón
estoy.

REY.

Mis brazos tomad :
los vuestros, Blanca, me dad.
Y de vos, Conde, la acción
presente he de confiar.

DON GARCÍA.

Pues truene el parche sonoro,
que rayo soy contra el Moro
que fulminó el Castañar.
Y verás en sus campañas
correr mares de carmín,
dando con aquesto fin,
y principio á mis hazañas.

FIN

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO,

DON LUCAS DEL CIGARRAL

PERSONAS

DON PEDRO.
DON LUCAS.
DON LUÍS.
DON ANTONIO, *viejo*.
CABELLERA, *gracioso*.
CARRANZA, *criado*.
DOÑA ISABEL DE PERALTA.
DOÑA ALFONSA.
ANDREA, *criada*.



JORNADA PRIMERA.

Salen DOÑA ISABEL, con bohemio, y ANDREA, criada.

D.^a ISABEL. Llegó el coche?
ANDREA. Es evidente.
D.^a ISABEL. Y la litera?
ANDREA. También.
D.^a ISABEL. ¡Qué perezoso es el bien
y el mal; oh qué diligente!
¡Que mi padre inadvertido
darme tal marido intente!
ANDREA. Marido tan de repente
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo, ¿no es así?
Pues viernes dijo que sí,
y el domingo por ti envió;
cierta esta boda será,
según anda el novio listo,
que parece que te ha visto
en la priesa que se da.
D.^a ISABEL. Á obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andrea.

ANDREA. Puede ser que éste lo sea,
peró no hay marido bueno ;
ver cómo se hacen temer
á los enojos menores,
y aquel hacerse señores
de su perpetua mujer ;
aquella templanza rara
y aquella vida tan fría,
donde no hay un, « alma mía, »
por un ojo de la cara ;
aquella vida también
sin cuidados ni desvelos,
aquel amor tan sin celos,
los celos tan sin desdén ;
la seguridad prolija,
y las tibiezas tan grandes,
que pone un requiebro en Flandes
quien llama á su mujer « hija. »
¡ Ah bien haya un amador
destos que se usan ahora,
que está diciendo que adora
aunque nunca tenga amor !
Bien haya un galán, en fin,
que culto á todo vocablo,
aunque una mujer sea diablo,
dice que es un serafín ;
luégo que es mejor se infiera
(haya embuste ó ademán),
aunque más finja un galán
que un marido, aunque más quiera.

D.^a ISABEL. Lo contrario he de creer
de lo que arguyendo estás,
y de mi atención verás
que el marido y la mujer,
que se han de tener, no ignoro,
en tálamo repetido,
respeto ella á su marido,
y él á su mujer decoro ;
y éste callando querer,
mayor voluntad se nombre,

que no ha de tratar un hombre
como á dama á su mujer ;
y así mi opinión verás
de mi argumento evidente,
menos habla quien más siente,
más quiere quien ealla más ;
no esa llama solícito,
todo lenguas al arder,
porque un amor bachiller
tiene indicios de apetito ;
y así tu opinión sentencio
á mi enojo ó mi rigor,
que antes es seña de amor
la cautela del silencio ;
Dígalo el discurso sabio,
si más tu opinión me apura,
que no es grande calentura
la que se permite al labio :
la oculta es la que es mayor,
su dolor el más molesto,
y aquel amor que es honesto
es el que es perfecto amor :
no aquel amor siempre ingrato,
todo sombras, todo antojos,
que este nació de los ojos,
y aquel se engendra del trato ;
luego más se ha de estimar,
porque mi fe se asegure,
amor que es fuerza que dure
que amor que se ha de acabar.

ANDREA. Y dí, ¿ un marido es mejor
que en casa la vida pasa ?
D.^a ISABEL. ¿ Pues qué importa que esté en casa,
como yo le tenga amor ?
ANDREA. ¿ Y el que es por fuerza, no es fiera
pensión ?
D.^a ISABEL. Tampoco me enfada.
ANDREA. Naciste para casada
como yo para soltera.
D.^a ISABEL. Pues déjame.

ANDREA.

Ya te dejo

pero este chisgaravís,
 éste tu fino don Luis,
 galán de tapa de espejo,
 ese que habla á borbotones,
 de su prosa satisfecho,
 que en una horma le han hecho
 vocablos, talle y acciones,
 ¿qué es lo que de ti ha intentado?

D.^a ISABEL.

Ese hombre me ha de matar,
 ha dado en no me dejar
 en casa, calle ni prado,
 con una asistencia rara;
 si á la iglesia voy, allí
 oye misa junto á mí;
 si pára el coche, él se pára,
 si voy á andar, yo no sé
 cómo allí se me aparece;
 si voy en silla, parece
 mi gentil hombre de á pié;
 y en efecto, el tal señor,
 que mi libertad apura,
 visto, es muy mala figura,
 pero escuchado, es peor.
 ¿Habla culto?

ANDREA.

D.^a ISABEL.

Nunca entabla

lenguaje disparatado,
 antes por hablar cortado
 corta todo lo que habla;
 vocablos de estrado son
 con los que á obligarme empieza,
 dice crédito, fineza,
 recato, halago, atención;
 y desto hace mezcla tal,
 que aun con amor no pudiera
 digerirlo, aunque tuviera
 mejor calor natural.

ANDREA.

¡Ay, señora mía! Malo;
 no le vuelvas á escuchar,
 que ese hombre te ha de matar

D.^a ISABEL.

con los requiebros de palo.
 Yo admitiré tu consejo,
 Andrea, de aquí adelante.

ANDREA.

Señora, el que es fino amante
 habla castellano viejo,
 el atento y el pulido
 que éste pretende, crearás,
 ser escuchado no más,
 mas no quiere ser querido.

D.^a ISABEL.

Andrea amiga, sabrás
 que tengo amor ¡ay de mí!
 á un hombre que una vez ví.

ANDREA.

¿Dime, y no lo has visto más?

D.^a ISABEL.

No, y á llorar me provocho
 de un dolor enternecho.
 ¿Y qué le debes?

ANDREA.

La vida.

D.^a ISABEL.

¿No sabes quién es?

ANDREA.

Tampoco.

D.^a ISABEL.

ANDREA.

Para que esa enigma crea,
 ¿cómo (te pregunto yo)
 de la muerte te libró?

D.^a ISABEL.

Oye, y lo sabrás, Andrea.

ANDREA.

Para remediarlo falta
 saber tu mal.

D.^a ISABEL.

Oye.

ANDREA.

Di.

CABELLERA.

Ha de casa; ¿posa aquí
 doña Isabel de Peralta?

(Dentro.)

ANDREA.

Por ti preguntan; ¿quién es?

D.^a ISABEL.

¿Si vienen por mí?

ANDREA.

Eso infiero;

¿quién es?

Sale CABELLERA.

CABELLERA.

Éntrome primero,
 que yo lo diré después.

D.^a ISABEL.

¿Qué queréis?

CABELLERA.

Si hablaros puedo,
 si no os habéis indignado,
 ¿podré daros un recado

de don Pedro de Toledo?
 D.^a ISABEL. Hablad, no estéis temeroso.
 CABELLERA. ¡ Buen tallo!
 D.^a ISABEL. Hablad.
 CABELLERA. Yo me animo.
 D.^a ISABEL. ¿ Quién es don Pedro?
 CABELLERA. Es un primo
 del que ha de ser vuestro esposo,
 que viene por vos.
 D.^a ISABEL. Sepamos
 ¿ qué es lo que envía á decir?
 CABELLERA. Que es hora ya de partir; *(Dale una carta.)*
 si estáis prevenida, vamos.
 D.^a ISABEL. Si esto que miro no es sueño,
 no sé lo que puede ser.
 ¿ Cómo no me viene á ver
 ese primo de mi dueño?
 ANDREA. ¡ Oh marido apretador!
 D.^a ISABEL. ¿ Yo he de irme con tanta priesa?
 CABELLERA. Señora, es orden expresa
 de don Lucas, mi señor;
 y para él delito fuera
 no llegarle á obedecer;
 manda que aun no os venga á ver
 cuando entréis en la litera.
 D.^a ISABEL. ¿ Quién ese don Lucas es?
 CABELLERA. Quien ser tu esposo previene.
 D.^a ISABEL. ¡ Excelente nombre tiene
 para galán de entremés!
 ¿ Vos le servís?
 CABELLERA. No quisiera,
 mas sírvole.
 ANDREA. ¡ Buen humor!
 CABELLERA. Nunca le tengo peor.
 D.^a ISABEL. ¿ Cómo os llamáis?
 CABELLERA. Cabellera.
 D.^a ISABEL. ¡ Qué mal nombre!
 CABELLERA. Pues yo sé
 que á todo calvo aficiona.

D.^a ISABEL. ¿ No me dirás qué persona
 es don Lucas?
 CABELLERA. Sí diré.
 D.^a ISABEL. ¿ Hay mucho que decir?
 CABELLERA. Mucho,
 y más espacio quisiera.
 ANDREA. Tiempo hay harto, Cabellera.
 CABELLERA. Pues atended.
 ISABEL. Ya os escucho.
 CABELLERA. Don Lucas del Cigarral,
 (cuyo apellido moderno
 no es por su casa, que es
 por un Cigarral que ha hecho)
 es un caballero flaco,
 desvaído, macilento,
 muy cortísimo de tallo,
 y larguísimo de cuerpo;
 las manos de hombre ordinario,
 los piés un poquillo luengos,
 muy bajos de empeine y anchos,
 con sus Juanetes y Pedros;
 zambo un poco, calvo un poco,
 dos pocos verdimoreno,
 tres pocos desaliñado,
 y cuarenta muchos puerco.
 Si canta por la mañana,
 como dice aquel proverbio,
 no sólo espanta sus males,
 pero espanta los ajenos;
 si acaso duerme la siesta
 da un ronquido tan horrendo,
 que duerme en su Cigarral
 y le escuchan en Toledo;
 come como un estudiante,
 y bebe como un tudesco,
 pregunta como un señor,
 y habla como un heredero;
 á cada palabra que habla
 aplica dos ó tres cuentos;
 verdad es que son muy largos,

mas para eso no son buenos ;
 no hay lugar donde no diga
 que ha estado, ninguno ha hecho
 cosa que le cuente á él
 que él no la hiciese primero ;
 si uno va corriendo postas
 á Sevilla, dice luégo :
 «Yo las corrí hasta el Perú,
 con estar el mar en medio : »
 Si hablan de espadas, él sólo
 es quien más entiende desto,
 y á toda espada sin marca
 la aplica luégo el Maestro ;
 tiene escritas cien comedias,
 y cerradas con su sello,
 para si tuviere hija
 dárselas en dote luégo ;
 pero ya que no es galán,
 mal poeta, peor ingenio,
 mal músico, mentiroso,
 preguntador sobre necio,
 tiene una gracia no más,
 que con esta le podremos
 perdonar esotras faltas :
 que es tan mísero y estrecho,
 que no dará, lo que ya
 me entenderán los atentos ;
 que come tan poco el tal
 don Lucas, que yo sospecho
 que ni aun esto podrá dar,
 porque no tiene excrementos.
 Estas, damas, son sus partes,
 contadas *de verbo ad verbum* ;
 esta es la carta que os traigo,
 y este el informe que he hecho ;
 quererle es cargo del alma,
 como lo será del cuerpo ;
 partiros, no haréis muy bien ;
 casaros, no os lo aconsejo ;
 meteros monja es cordura ;

apartaros dél, acierto ;
 hermosa sois, yo lo admiro ;
 discreta sois, no lo niego ;
 y así estimaos como hermosa,
 y pues sois discreta, os ruego
 que antes que os vais á casar
 miréis lo que hacéis primero.
 ¡ Buen informe !

D.^a ISABEL.

Razonable.

ANDREA.

D.^a ISABEL.

Pero dime, ¿ cómo siendo
 su criado hablas tan mal
 de las partes de tu dueño ?

ANDREA.

Como quien come su pan.

CABELLERA.

¿ Yo le como ? Ni aun le almuerzo ;
 sirvo por mi devoción,
 que hice un voto muy estrecho
 de servir á un miserable,
 y estoile ahora cumpliendo.

D.^a ISABEL.

¿ Pues os pasáis sin comer ?

CABELLERA.

Si no fuera por don Pedro,
 su primo, fuera criado
 de vigilia.

D.^a ISABEL.

Y dinos esto.

Don Pedro, ¿ quién es ?

CABELLERA.

¿ Quién es ?

Es el mejor caballero,
 más bizarro y más galán
 que alabar puede el exceso ;
 y á no ser pobre, pudiera
 competir con los primeros.
 Juega la espada y la daga
 poco menos que el Pacheco
 Narváez, que tiene ajustada
 la punta con el objeto ;
 si torea es Cantillana,
 es un Lope si hace versos,
 es agradable, cortés,
 es entendido, es atento,
 es galán sin presunción,
 valiente sin querer serlo,

- queriendo serlo, bien quisto,
liberal, tan sin estruendo
que da y no dice que ha dado,
que hay muy pocos que hagan esto.
- ANDREA. ¿Es posible que tu padre
eligiese tal sujeto,
pudiéndote dar estotro?
- CABELLERA. No me espanto, que en efeto
éste no tiene un ochavo,
y esotro tiene dinero.
- ANDREA. ¿Pues qué importa que lo tenga,
si lo guarda?
- DOÑA ISABEL. Yo no quiero
sin el gusto la riqueza;
decidme, ¿y ese don Pedro,
tiene amor?
- CABELLERA. Yo no lo sé;
mas trátanle casamiento
con la hermana de don Lucas,
doña Alfonsa de Toledo,
que puede ser melindrosa
entre monjas, y os prometo
que se espanta de un araña,
aunque esté cerca del techo;
vió un ratón el otro día
entrarse en un agujero,
y la dió de corazón
un mal con tan grave aprieto
que entre siete no podimos
abrir la siquiera un dedo;
pero son ellas fingidas,
como yo criado vuestro;
él viene ya á recibiros.
- D.^a ISABEL. No vendrá, que vive el cielo,
que hoy ha de saber mi padre...
- DON ANTONIO. *Sale DON ANTONIO, viejo.*
- DOÑA ISABEL. Doña Isabel, ¿qué es aquesto?
- D.^a ISABEL. Es, que yo no he de casarme,
mándenlo ó no tus preceptos,
con don Lucas.

- DON ANTONIO. ¿Por qué, hija?
- D.^a ISABEL. Porque es miserable.
- DON ANTONIO. Eso
no te puede á ti estar mal
siendo su mujer, supuesto
que vendrás á ser más rica,
cuando él fuere más atento.
- D.^a ISABEL. Es porfiado.
- DON ANTONIO. No porfiar
con él y te importa menos.
- D.^a ISABEL. Es necio.
- DON ANTONIO. Él te querrá bien,
y el amor hace discretos.
- D.^a ISABEL. Es feo.
- DON ANTONIO. Isabel, los hombres
no importa que sean feos.
- ANDREA. Señor, es puerco.
- DON ANTONIO. Limpiarle;
sea lo que fuere, en efeto,
yo os he casar con él;
¿será mejor un mozuelo
que gaste el dote en tres días,
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
¿Cásoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, y hacéis pucheros?
¿Qué carta es esa?
- D.^a ISABEL. Una carta
de mi esposo.
- DON ANTONIO. ¿Y yo no tengo
carta alguna?
- CABELLERA. No señor;
voy á llamar á don Pedro,
porque hasta daros las cartas
no tuve orden para hacerlo;
guárdeos el cielo. *(Vase.)*
- DON ANTONIO. Él os guarde.
- D.^a ISABEL. Quitadme la vida, cielos.
- DON ANTONIO. Veamos; ¿qué dice la carta?

- D.^a ISABEL. Dice así.
 DON ANTONIO. Ya estoy atento.
 D.^a ISABEL. *(Lee.)* «Hermana: Yo tengo seis mil y cuarenta
 »y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi pri-
 »mo si no tengo hijos; hanme dicho que vos y yo podemos
 »tener los que quisiéremos; veníos esta noche á tratar del
 »uno, que tiempo nos queda para los otros. Mi primo va por
 »vos, poneos una mascarilla para que no os vea, y no le ha-
 »bléis, que mientras yo viviere no habéis de ser vista ni oída.
 »En las ventas de Torrejoncillo os espero; veníos luégo, que
 »no están los tiempos para esperar en Ventas. Dios os guar-
 »de, y os dé más hijos que á mí.»
 ANDREA. ¡ Hay tal bestia!
 D.^a ISABEL. Dime ahora
 bien de aqueste majadero,
 DON ANTONIO. Sí haré, que no es disparate
 el que viene dicho á tiempo;
 don Lucas es hoy marido,
 y para empezar á serlo,
 ha dicho su necedad
 como tal, porque, en efeto,
 no es marido quien no dice
 un disparate primero. *(Dale una mascarilla.)*
 D.^a ISABEL. La mascarilla está aquí.
 ANDREA. Y está en el zaguán don Pedro.
 DON ANTONIO. Pués póntela antes que suba.
 D.^a ISABEL. Si esto ha de ser, obedezco.
(Pónese la mascarilla.)
 ANDREA. Llamaron.
 D.^a ISABEL. Llegó mi muerte.
 DON ANTONIO. Abre la puerta.
 ANDREA. Esto es hecho.
Sale DON PEDRO Y CABELLERA.
 Sea usted muy bien venido.
 DON ANTONIO. Don Pedro, guárdeos el cielo.
 DON PEDRO. Seáis, señor don Antonio,
 bien hallado.
 DON ANTONIO. ¿Venís bueno?
 DON PEDRO. Salud traigo. ¿Y vos?
 DON ANTONIO. Sentaos.

- DON PEDRO. Perdonadme, que no puedo,
 que me ha ordenado don Lucas
 que llegue y no tome asiento,
 que os pida su esposa á vos,
 y que se la lleve luégo.
 D.^a ISABEL. *(Ap. ¡ Cielos, qué es esto que miro!
 ¿ Este no es el caballero
 á quién le debí la vida?)*
 Andrea.
 ANDREA. ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
 D.^a ISABEL. Este es el que te contaba
 que tengo amor.
 ANDREA. No te entiendo.
 ¿Éste es quién te dió la vida,
 como me dijiste?
 D.^a ISABEL. El mismo.
 ANDREA. ¿Y éste á quién quieres?
 D.^a ISABEL. También.
 ANDREA. Si este es primo de tu dueño,
 ¿qué has de hacer?
 D.^a ISABEL. Morir, Andrea.
 DON PEDRO. Aunque no merezca veros,
 si las conjeturas ven,
 divina Isabel, yo os veo,
 más soís vos, que vuestra fama;
 mal haya el que lisonjero,
 yendo á pintaros perfecta,
 aun no os retrató en bosquejo;
 hermoso enigma de nieve,
 que el rostro habéis encubierto
 para que no os adivinen
 ni los ojos ni el ingenio;
 geroglífico difícil,
 pues cuando voy á entenderos,
 cuanto solícito en voces,
 tanto acobardo en silencios;
 permitid vuestra hermosura...
 mas no hagáis tal, que más quiero
 ver esa pintura en sombras,
 que haber de envidiarla en lejos;